



**UN CHOJCHO
CON AUDIO DE ROCK
PESADO**

*Donde fallece el Rey
para dolor de su grey*

**CANCIÓN BOLOGDIANA
SIGLO XVI**



chicas desde Pa
nuevamente

Fuera Yankis

CMDs Wf Zarate



AS
ELREY

jaque mate al rey
¡carajo!
EL LOBO

...¿Otra vez El Rey, El Lobo? Y frente a la pega, aura sí que mi teniente vastar con su calzón revuelto toda la noche ¿y quién pss lo auanta? Yo; yo solito, che: «que no seas tarugo, indio de mi finca; que no te pases en rojo puro y mierdas, ¿no ves que nosotros tenemos que dar el ejemplo?; que pasate en rojo, animal, estamos de emergencia; que la miseria que nos pasan estos grandísimos, te voy a deber tu parte» y así... Esta sí que vaser una desas noches...



—Buenas noches, mi teniente; ordene, mi teniente, por dónde, mi tenien...

—¡Ya, ya, acábala! No estoy para aguantar pulgas —me gritó—. ¡Como cuetes hasta El Alto; tírale por la autopista —y le meto a toda velo haciendo rugir el motor pa' no escuchar los gritos del jefe, ya en la radio, ya en mis orejas—. ¡Comprendido, cambio!; ¡enterado, fuera! ¡Frena, frena, te digo, *qamaq*! ¿Qué dice ahí?



...Eso dice, pero no se convence y sale a mirar como es de su costumbre; a hurgar la pared y a buscar latas de pintura esprey y a plumar con su chofercito de mala suerte: «vamos, chee, ¡qué estás ahí papando moscas!». Y mejor ni le digo que más allicito dice:



...porque le va dar colerina y, como yo soy el único que estoy cerquita, hasta a lo mejor me tesa, me morguea, como dicen los clientes de San Pedro, así que sin siquiera decir «firme, mi teniente», hago chirriar las gomas como en la doble Copacabana y llantitas pa' qué las quero, mientras el jefe se limpia sus manos (¿?) y le da a la sirena. No sé pa' qué, si el camino está más vacío que cementerio de pueblo; pero mal hasta llegar metiendo bulla al bullicio, con sus luces de todo color prendiéndose y apagándose, iluminando y desiluminando a la gente amontonada peor quen el Gran Poder, aunque gente sea de decir nomás porque extraterrestres parecen con sus caras azules, sus pelos naranjados, sus ropas hechas papaya y sus cueros que brillan como si les hubieran echado de las fluorescentes que usamos pa' pintar las calles y la bulla que no me deja escuchar nada, tanto que mi teniente fuerte le está metiendo al gesto, y yo nalgas hasta que me tira un pellizco en el brazo.

—¡Ayauuu, qué! —le digo, y ni yo mismo me oigo.

—¡Que pitees, imbécil! —me grita, pero la bocina, la sirena, los aullidos del jefe como si no existieran conforme más nos acercamos al centro de ese estruendo multiplicado que a veces, cuando está de buen humor, también escucha mi teniente diciendo «linda música, ¿no?».

—Aquí deja el Volvo —le dice a la unidad—, y vamos a pie, indio, ¡apúrate! —Y hasta que asegure las puertas, el teniente ya se ha perdido entre esta recua que arrempuja.

—¡Mi teniente, mi teniente! —llamo, y siento que me miran con bronquitis, se codean entrellos y hasta una *ckaipira* se anima a decir a mis espaldas: «o sá chequeen, cuats, tanto cana a voltear merca, fija...», y se ríen a gritos—. ¡*Thojperos*, mi teniente! —más bien que allicitos está.

—Che, campestre, ¿dónde te metes?; hace media hora que te estoy esperando... te me haces anotar 24 horas de arresto, ¿oído?, ¿no oído?

—Oído, mi teniente (qué desgraciado este *q'ara*).

—Y no me mire torcido porque se hace anotar otras 24... ¡Ya, adentro!

Entramos en un antro, como dice el jefe, y lo primero que me golpea la ñusa es un olor... y todo lo demás a oscuras. Nada veo, solo al jefe con su linternita en la boca anotando cosas en su libreta:

Sobaco, patas, poto, vapor, tabaco, tinner, alcohol, otros no identificados. Posible existencia de marihuana (bayer en la jerga). Cocaína poco posible, dado el bajo poder adquisitivo de los presentes, quizás sulfato base (zapato). Visibilidad cero, ahora rota por esporádicos haces de luz imposible identificar antisociales. Supuesta presencia de traficantes, viciosos, proxenetas, invertidos, terroristas, meretrices, pushers, palomillos y chulos. Probable pedido de apoyo otras unidades.*

Con razón en el regimiento a mi teniente le dicen el tira loco Mc Graw; las cosas que escribe... Estoy vicenteando todavía, cuando se encienden unos reflectores que a los buscahuellas de la patrulla asicitos los dejan y como si un *huarakazo* en las orejas me dieran.

¡¡¡Qué thal, mis capitanes intergalácticos!!! ¡¡Un saludo desde la re-cumbre del mundo y desde este su punto de transmisión en la curva sur del polifuncional!! ¡Con ustedes, Shon Padilla, suuuuuuuu diiii sssbeiii iniciando este merecido homenaje a quien todos reconocen como un gurú del graffitiiiiii!

Eeeeeen efecto, mis hermaneinssss, se trata del emperador de la noche: Eeeeeeeel Reeeeeeeey, que va a estampar su legendaria firma en el muro oeste del polifuncional con el audio inimitable de Dieeeeeeeeeees Iraeeeeeeeeee que se integra a este festejo con un tema de apertura típicamente Zeeeee!: ¡quince minutos y treinta y nueve segundos de metal doraduuuuu para consumo de masas coooon Fisicaaaaaal Graffitiiiiiiiiii!

El jefe está que se caga viendo cómo ese loquito en sus narices está pintarrajeando la pared. En medio de saltos y arrebatos al compás dése estruendo quiacen con tanto aparato, haciendo retemblar toduel lugar como si fuera a derrumbarse, lo que no parece que limporte al jefe, siempre agarrado de su libretita.

Ruido ensordecedor (15 000 watts más o menos) igualables solo a la bulla que producen los mil vagos en el interior de este local. Existencia masiva de aerosoles. Ventilación pésima, viciada aún más por las centenas de «graffiteros» (título que se dan estos delincuentes) en plena acción. Las paredes exudan vapor pestilente y pegajoso luego de la acometida de los antisociales a iniciativa de El Rey. El Rey: pelo rojizo (¿teñido?) y facciones esqueléticas propias de los consumidores asiduos (k'olos); estatura aproximada: 1,60; blancoide, indumentaria excéntrica, fácilmente reconocible (no ha cambiado casi nada).

chicas?



—¡Así que El Rey ha vuelto! —me grita en mis orejas—. ¡Así que este pendejón está de nuevo en las calles! ¿Sabes, indio, que por su culpa se ha armado todo este despelote? ¿Sabes que gracias a él toda la ciudad es un chiquero que no se puede limpiar porque a algún loco se le ha ocurrido decir que eso es arte? ¡Todo gracias a él, carajo!

—A él y al Lobo, mi teniente —grito, y el jefe me mira con sus ojos que se le queren salir y pálido se pone.

—Estás hablando huevadas, puro, vos qué sabes. Y yo, raro también digo, ¿no? Como si su tirria fuera con el loquito nomás, ¿y los demás?... porque estoy leyendo cada cosa que a mi jefe lo tiene sacudiéndose como con *muyu-muyu*; aura que no sé si será de bronca de lo questá viendo o de emoción descuchar este escándalo caballo que tanto le gusta.

—*Broders y forellas mías, ¡¡:qué thaaaaaaaal?, ¿bieeeeeeeeeeeen?!!*

—*¡¡BIEEEEEEEEEEEEEEEEEEN!!!*

—*¡¡Ozaaaá, quiero chequear el estruendo de esas schaicas. Huérfanos!!*

—*¡¡UUUUUUAAAAAAAAAAAAAHHHHHHH!!!*

—*¡¡Aloneeeeeeeee!!*

—*¡¡UUUUUUUOOOOOOOOOOHHHHHH!!!*

—*¡¡Los del cheeeeeee!!*

—*¡¡UUUUUHHHHHH, VIEJOOOOOS!!!*

—*¡¡Pachuliiiiiiiiiiiiiiiiiiisss!!*

—*¡¡FFFFFFFZZZZZZZZIIIIIIUUUUUUUUU*

MARULOOOOOOOOOOSSSSS!!

—*¡Marulos ustedes, huevones...!*

—*¡Qué pasa, mierda...! ¡Queeeé pasa!*

—*Paz, bratos, paz. ¡Non judex!, y dejen a estos cinco puñeteros tomar la viola para introducirlos en la brutal y gronca psicosis de la rejevi Ninaaaaa Hageeeeen, ahora en la voz de la veterana Jennyyyyyyyyyyy. ¡¡Qué thal... ¿Yeccccccccssss?!!*

—*¡¡YEEEEEEEEEEEEEEHHHHHHHHH!!!*

—¡Esto está ardiendo, che, Siuro, y ese melenudo imbécil está colmando el vaso con sus estupideces! —me grita el jefe— ¡La llocallada está paranoica!

—Cierto, mi teniente —digo, aunque no sé qué quiere decir paranoi... ¿qué?



Yel jefe tiene razón siempre. De los espreyes se han ido a los insultos y de los insultos a las manos o, mejor dicho, a las cadenas, y sestán sacando su cresta, mi teniente, sestán rompiendo. ¿Quiacemos, mi teniente?, creo que nées momento de anotar nada aurita...

Ánimos caldeados. Vehículo de culpabilidad: caudillo rockero de tres por cuatro; culpable objetivo: El Rey, responsable absoluto de todo este motín.

Solicitud apoyo unidad antisubversiva, clave 202.

«Un re-excelente rito de iniciación de esta noche extraterrena y que continúa con la contrapropuesta del equipo de laaaaa... puuunnnntooooo siseeeteeeeeeee...»

«¡¡¡Aquí presente en la tarima norte del polifuncional, con ustedes, Tho-tho00000 Merileeeeeeeeeesssssss para darles la bienvenida a mi re-pes-ahhhhhda pesadilla y mientras la nerviosa Pender de la vedette de la banda Giovanni Salas, descansa y el re-impresionante batero se toma una cocacola, nuestros baffles revientan con este enganchado de feroces exhortaciones que nos trasladarán a las profundidades más abismales del frenesi methálicooooo!!!»

Siempre fuera capaz dir hasta l'unidad a traer las orejeras quel jefe, el *chif*, como dice el teniente Oquendo, se pone cuando está en el polígono porqueste estruendo miade reventar mi cerebello, miade arruinar

mis tímpanos, tanto que creo que ya nstoy pensando, sino gritando lo que pienso para poder entenderme.

—¡Por qué gritas, mula! ¡Pareces loco o algo has fumado! —me chillan en la oreja— dos cero dos, te estoy ordenando desde hace media hora; vos sí que te estás tramitando una semana de arresto, carajo. ¡¡Ya pues, qué esperas!!

—No, mi teniente; sorden, mi teniente —le digo, y nadando salgo hasta afuera y de paso le tiro una llamita porque hasta aurita estoy sin morfina, «una con harto ají, dame, doñita; aquí pónmelo un poquito más, señora; gras, señora...» y después otra vez adentro—. ¡¡Mi tenienteeee!! (‘cha, dónde se ha metido), ¡¡mi tenienteee!! Ah, por allí (limpiándose sus manos ¿?). Con permiso, mi teniente. Orden cumplida, mi teniente; hace diez minutos que mian comunicado quen cinco minutos ibanestar aquí.

—Yastá bien —nomás me contesta. Qué raro, cuando tendría questar ladrando como perro con mal de rabia. Pero diotra clase siempre está: todo traspirado guardando su pañuelo sucio, tratando de cerrar su libreta donde vicenteo: «Encuentro cercano del cuarto tipo», con letras bien grandes. ¡Ucha!, qué querrá decir, creo quel chif yastá medio leocadio, que con tanto escándalo se le ha terminado de desaflojar su tornillo...

—¡¡Y después de ese riff brutal, ametrallante, de Chudas Priest que ha propulsado a los fans en bajo sostenido a cabalgar en verdaderos uaild jorses, damos la bienvenida a un famoso que llega a rendir su homenaje al máximo divo del andergraunnnnndd!! ¡¡Yyyyyyyyyy se trataaaaaaaa deeeeeeeeee... Pucaaaaa!!

—¡¡UUUUUUUUUUOOOOOOOOOOHHHHH!!

—¡Qué puedes decir de estas pulsaciones, manón!

—¡Ozzá, febriles, broder!; franquean el límite escénico para estigmatizar la moral podrida del stablishment, ¿chequeas?

—Is. ¡Han sido las palabras del más ssstar de los violeros de La Zap que se dirige al box de nuestros colegas de la 97, sector por donde merodea nuestro homenajeado! ¡¡Shon Padilla nuevamente en la línea de fuego para presenciar junto a ustedes este encuentro en el

que El Rey será proclamado mesías indiscutible de este movimiento que haaaaaaaaa coooooooooopado los muros del suburbio!!

—¡¡BIEEEEEEEEEEEEEENNNNNN!!

—Oye, pero ste men stá repasadísimo.

—¿Qué? (cerrá el micrófono, che).

—(Rey... Rey, ¿qué sapa, viejo? No jodas, pues, Rey. No, no stá en ningún pedo, chequea).

—(¿Stá turco?).

—(Stá morgue).

—(O sea, se ha pasado en serio...).

—(Peor, hermanito: lo han timbrado, hay sangre en toda su ropa).

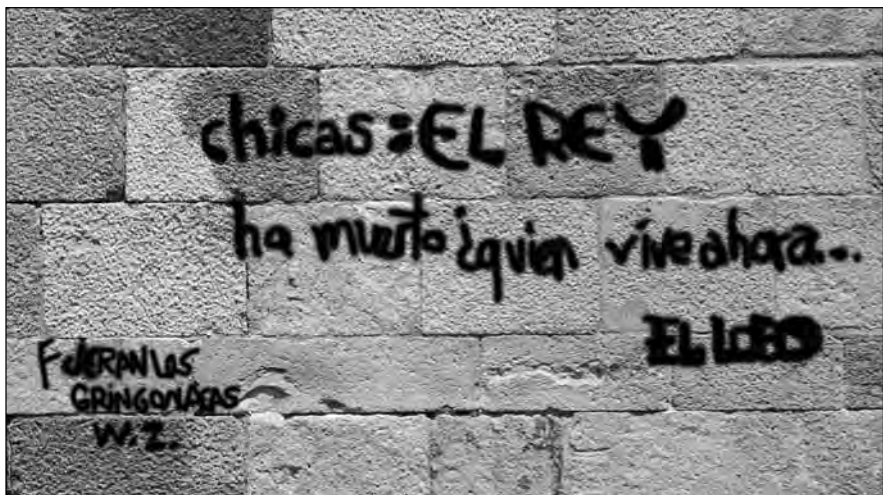
—(¿Qué? O sea que danzamos).

—(Danzamos, hermanito).

—(¿Y ahora?).

—(Ahora hay que avisar a la naca y hacernos feis; cha qué mala onda. Su atención, por fa... Abrí el micrófono, che). ¡Su atención, por favor: se requiere la presencia de un oficial de policía en la cabina sur del multifuncional, gracias!

—Vamos, che, Siuiro —me dice el jefe, contento de quialgo pase y ya no lo siga observando, y nos lanzamos contra la gente, braceando, pateando, zambulléndonos por entre sus patas de la gente hastande nos han llamado, y lo primero que vicenteo cuando un reflector se prende es un letrero que dice:



¿Fuuuuucha!, eso dice y yo siento que una cosa zasss me hace aquí adentro y justo; el jefe está arrodillado junto de... del loquito, tendido contra el muro, ensangrentado, tieso... y más tieso que él me he debido quedar porque nées hasta quel chif me tira un piñazo en mi rodilla que reacciono.

—¿Sordo eres? Anda llama a la brigada de homicidios, ¡apúrate, indio!

Y mientras voy hacia la salida escucho su voz del jefe por el parlante anunciando que nadie puede salir del local y digo «cha qué despistado mi teniente, aura todo el mundo se va a hacer gamba». Y justo: salgo bien ench'ipado entre harta gente quentrellos se dicen; piren, che, hay que despintarse de estos laredos, creo que poray han chequeado yotes, men o mota, no sé; qué fulero, ¿no? Y es solo cuando las tres cuartas partes yastán en el Altiplano que los gendarmes logran entender lo que pasa y cierran las puertas conmigo afuera; qué más quesperar a que me vuelvan a abrir tirándole otra llamita,

—Che, Severo, ¡qué estás comiendo en horas de trabajo!... ¿dónde está tu chif? —de sorpresa se aparece el teniente Oquendo.

—Mi teniente; firme, mi teniente; adentro, mi teniente, con la novedad de que hay un occiso cadavérico interfecto, mi teniente...

—¿Qué dices, waca bolas? Vos y tu jefe sí que están hechos uno para el otro, no te entiendo un carajo. Vamos...

Cuando regresamos todo parece como después de la guerra: los que se han quedado están formados contra la pared, sus piernas y sus brazos abiertos «como en Mayami bays», dice el ch'uta del Oquendo, que después de mirar toduel enjuague con su mortis de yapa (en posición decúbito dorsal se dice, ¿no?), habla con el chif, que bien pálido siemprestá, y después se va al comienzo de la fila a interrogar a las gentes a diestra y siniestra:

—Vos qué te llamas.

—Turbo Pascal —le contesta el interrogado.

—No tu chapa, imbécil; ¡tu nombre! —le grita el Oquendo.

—Pascual Vargas. Pascual Vargas, mi teniente.

—¡So pendejo!, así está mejor. ¿Y cuántos años tienes?

—Diecisiete, mi teniente.

—¡Ajá!, menor de edad. A ver, vacíe sus bolsillos. ¿Qué es eso?

—Una zonita, mi teniente —dice alguien.

—¿Una zonita? ¿Y qué es una zonita? ¡Ah!, droga y menor de edad: estás jodido, chango.

—No, mi teniente, no me centree, pues; me va a sacar la cresta, mi teniente.

—Ya deja de lloriquear, mariconazo, y canta. ¿Este que está papando moscas es tu cuate?

—Sí, mi teniente.

—¿Nombre?

—Kid-24... digo... Ceferino Huallata, mi teniente.

—¿Y por qué está así?

—Espid está, mi teniente.

—¿Qué cosa?

—Ha curtido satuca, mi teniente.

—¿De qué habla este?... Che, Severo, llámalo a tu jefe, él los entiende a estos...

Y voy hasta donde el chif, ¿no? «¡Mi tenienteeeeee!», llamando, hasta que lubico cerca de la salida con un civil hablando. Me acerco y veo que es su hermano, ese malandro que cada fin de mes lo busca en la pega para abollarle algo de mosca, y el jefe le está preguntando: «cuáles, mostrámelos», y el llockalla: «aquellos questán allá». «Los Desputs», dice el chif, «¿vos estás en los Desputs?». Y los llama, ¿no? Y los hace salir: «¡Yaa!, pepa, carajo».

—Mi teniente... —digo yo ese rato, y él sorprendido se revuelve, ¿no?

—¿Qué estás haciendo vos aquí, indio!, ¿por qué no estás ayudando a los gendarmes?

—Es que... mi teniente Oquendo lostá llamando, mi teniente

—Dile que voy aurita; y vos no has visto nada ni oído nada, ¿entendido?

—Entendido, mi teniente —le digo, aunque todavía no entienda nalgas, ¿no?

Pero de pronto se me prende el genio y «ajá», digo: «El Lobo tiene que ser o el malandro de su hermano del jefe o si no uno de sus compinches y que lúa templado al loquito». «¡Claro!», me contesto yo

mismo. Peor con el Oquendo; por eso su prisa por despacharlos a los desgraciados. Aura me pregunto ¿sería su problema de los Desputes (o como se llamen) con El Rey? ¿O sería, ¡uyuyuy!, por orden de mi teniente que luan enfriado al pobre?, y me asusto de lo que pienso pero digo también, ¿no?: «Tengo que estar ojo al charque».

—¿Y por qué pss tienes que estar ojo al charque?, ¿jah? —me sorprende otra vez el Oquendo—. ¿Estás seguro de que no se te ha desprendido el cerebello?

—Estee... Sí, mi teniente... digo no, mi teniente. Mi teniente dice que en seguida viene, mi teniente...

—Ya, ya. Lo dicho, a vos sí que te está patinando que da gusto; and'esperarlos a los de homicidios mejor, che, ya deben estar por llegar —me ordena, y voy hastandel occiso y ya con todas las luces me acuerdo de su cara y quialguna vez lue visto en la calle, con su morralcito, caminando de arriba abajo, como gallina sin huato, a veces con máscara de luchador, a veces con antiparras de soldador, yaura... como trapito en los brazos del Tataque de lunidad de homicidios, con su tremendo agujero en el coco, ¡qué pena!... ¿Qué?, ¿con su agujero he dicho? O sea que de un chumbo luan bajado, yeso significa quiaquí dentro alguien tenía fierro. Yentons pregunto a los gendarmes, ¿no?, si en la requista questán haciendo han encontrado armas de fuego. «¿Qué?», me dice uno de ellos (cautos, me digo). «Ah, no, pero ya vamos a estar encontrando», me dice el bruto, y como sé que por este lado nada voy a sacar, me voy hasta donde está el chif questá de su intérprete del Oquendo, escuchando lo que declara un barbudo que dice, ¿no?

—Se trataba simplemente de una ruptura de la forma, un amargarle el encuadre, ozá un regreso al estado primordial, un desregirse de la perennidad del estado catatónico en el que insiste en sumergirnos el sistema y todo simbolizado en un reconocimiento generacional a un viejo para el rock pero muy joven para morir, poor king, ozá pobre Rey, men, si todavía no puedo creerlo.

—¿Y qué humedades está hablando éste? —pregunta el Oquendo.

—Está chino —dice el jefe.

—¿Qué?, no entiendo.

—Que está *k'olo*.

—Ahh. Che, gendarme, a éste me lo detienen. Y estos, ¿quiénes son?

—T'aban repartiéndose su guía, mi teniente.

—¡Aaaajaá!, vendedorcitos. Vos, ¡nombre!

—Sabino Pinto me llamo.

—Vos.

—Joaco Ramírez, mi teniente.

—Grupo.

—Solos hemos venido.

—Ahh, ¿solos han venido? —¡Tchun!, a uno de ellos le mete un corto en su barriga—. ¡Grupo, carajo!

—«Huérfanos», mi teniente.

—¿Y los demás? Se les han hecho gas, los han dejado huérfanos... ¡Ya, detenidos! ¿Y usted?

—Disculpe, soy socióloga.

—¿Qué?

—Socióloga, señor. Estoy haciendo un seguimiento de las evoluciones de una masa marginal sometida a un proceso de psicosis colectiva...

—¿Qué? Otra *k'ola*, ¡detenida!

—¡Pero esto es un atropello. Tengo derechos...!

—¡Ni derechos ni izquierdos —se calienta el Oquendo— esto no es la televisión! ¡Detenida he dicho!

Y así, ¿no?: nombre: fulana; edad: diecisiete; qué tienes ahí; una yolita pero no es de mí; ah ¿sí?, detenida. Vos, nombre: zutano; edad: diecinueve; ¡tome pa' su cocacho, carajo! Edad: trece, mi teniente. Y los grupos de malandros que van dictando cosas raras: que los Warriors, que Ántrax, que La Hermandad, que mi aceite me han medido ayayauu gritando y el Oquendo: «¿y... gendarme, no hay el cuerpo del delito?».

—¿Qué, mi teniente?

—El revólver, tarugos.

—Nada siempre.

—Esto no es chiste, carajos —dice el teniente dirigiéndose a los detenidos, ¿no?—, además de haber encontrado alcohol por

hectolitros y como media tonelada de droga, hay un homicidio de por medio. Así que mientras más rápido canten, menos líos van a tener. ¿Alguien de ustedes sabe algo?

Todos callados...

—¿Alguien sabe quién es El Lobo?

—Yo he visto un cuat medio alteradillo hablando a gritos con El Rey...

—¿Lo... lo podrías reconocer? —pregunta mi jefe (pa' mí que más nervioso siempre, con el miedo, seguro, de que el declarante diga «sí; uno de los Desput's ha sido»).

—No, mi teniente —contesta—, muy oscuro estaba; sombras nada más...

—Ahh —dice el chif (para mí que respirando aliviado)—, ¿y no sabes siquiera de qué pandilla podría ser? —insistiendo, ¿no?

—Mmmm... No. Es que como todos andan con chamarras negras... hasta ustedes...

—Se nos han hecho pepa, carajo —mete su cuchara el Oquendo—. Pero de cualquier forma, yastá resuelto allí...

—¿Qué? —pregunta el chif (casi tambaleando de terror, yo diría)—, ¿y... y de cómo...?

Y aura sí que yo podría decir de cómo, aura sí que podría cantar lo que he deduccionado, porque después de lo que he presenciado, en un ochenta por ciento estoy seguro de que mi teniente aisos malandros los está encubriendo porque su hermanostá en este enjuague...

—¿No te has dado cuenta, boludo? —dice el ch'uta Oquendo—. Se trata de un crimen político.

—¿Qué? —vuelve a preguntar el chif, porque ni él puede creer lo que está escuchando.

—Lo que oyes —dice el ch'uta, hecho el putas—. Sin mucho alarde, sin libretas, sin regirme a estos métodos investigativos que no sirven para nada, he sido el único que se ha dado cuenta que por atrás de El Rey venían los terroristas de ese comando Zárate —sacando pecho, se va hasta el muro, ¿no?, y pone el dedo en una esquina ayabajito y lee: «MUE-RAN-LOS-CI-PAYOS-DEL-IM-PE-RIA-LIS-MO»,

firmado por los mismos, o sea, ese comando Zárate, que están exactamente donde aparecen los grafitis de El Rey—. ¿Hay una prueba más contundente que esta? —pregunta, paseándose con las manos atrás, así como profesor, diciendo, ¿no?—. Está clarito que ha sido un homicidio simbólico y quién mejor que ese *k'olo* para hacer de chivo expiatorio...

—Pero ¿y ese... Lobo, mi teniente...? —pregunto, ¿no?, y el Oquendo asiíiiiií me mira y dice antes de quel chif se me abalance deseguro pahorcarme:

—El Lobo es una pista falsa; no existe, o mejor dicho, El Lobo son los «terrucos». Pero para qué les voy a hablar a ustedes; no han visto *La boca del Lobo*, ¿no? Es que los sistemas de enseñanza en la academia son obsoletos. Ni modo, total que para nosotros el caso ya está cerrado; esto es paral Mingobierno. ¿Has aprendido algo, hermanito? —dice después, mirándolo al chif, así bien farsante.

—Y con los detenidos, ¿qué hacemos, mi teniente?

—Que se los carguen igual por mañosos; además a lo mejor algún implicado puede haber. Bueno, esta vaina queda cerrada hasta que vengan a hacer la reconstrucción, ¿mentientes?, ¿no mentientes? —le dice a un campestre que debe ser el cuidador sereno,

—Ya; vamos che, aborigen —me dice el jefe, volteándose una yola al salir y sacando su libreta pa'notar: «CASO CERRADO», así en letras bien grandes. Y ya en el auto, sin siquiera esperar a que se descongestione el tumulto, comienza a cornetearse solito: «a vos no te invito, indio precolombino, porque tienes que pilotear», dice, y fiero le mete sin decir nada de lo que ha pasado, como si convencido estuviera de lo que ha anotado, ¿no? Pero a mí no me convence para nada, y sigo pensando cómo puedo agarrar y decirle que pruebas tengo casi de que mi teniente Oquendo solito se ha lactado y quel caso nuestra cerrado...

—¿Qué? ¿Queeloqueuerrtacerrado? —me sorprende el chif reflejionando en voz alta porque no seabiá torrado el grandísimo, pese al litro de AyP que se ha puesto él solito, ¿no?

—Es que, mi teniente... yo... —Yentons paro el volvo a un lado— ...lo sé todo, mi teniente —le digo comuen las telenovelas.

—¿Qué dish, puritano?

—Que me dau de cuenta del medio quilombo en el que está metido, mi teniente...

—Oye, ¿vos has fumado algo o qué? —me dice, mirándome como si tratara de adivinarme mis pensamientos, y yo como que siento quen el clavo he dado, le remacho:

—Es que como no soy ningún mula, sé que eso del homicidio político, puro casco es, mi teniente, y que quen lua tesado es...

—¡Quién es! —me grita, medio tártaro, y veo que pálido se pone, que su medio trancazo se evapora.

Mi cabeza funciona a todo chanco y deducciono que si hubiera sido uno de los de la tojpa de su hermano nomás, creo que al chif le hubiera valido un corcho, entonces tenía que ser su propio hermano.

—¡Su hermano! —grito.

—Mmm... tiene tiempo para revisar su respuesta —me dice agarrando el micrófono de la radio.

—¡Su hermano! —repito.

—Mmm... no. Lo sentimos mucho; cambio y fuera —dice el jefe y se empieza a reír lanzándome a la cara su tufo tirillero—. ¿Mi hermano? —Y meta a carcajarse como leocadio— ¿Crimen político? —y dale otra vuelta.

Hasta que derrepentes saca su chumbo, yentonces sí que se me fruncen los calzones y digo para mis adentros: «Tata Willca milagroso, ¿qué cosa he dicho que ahora a mí más me va a querer templar?», cuando me mira con sus ojos queriéndosele salir de su cara y grita:

—¡Sabes quién lo ha templado al Rey? ¡Sabes quién le ha hecho ese agujero en su cabeza? ¡Yo, carajo! —Y ante semejante cosa questoy escuchando, y con el canuto casi metido en mi oreja, siento nomás un poquito de barro en mi trasero y hastuna lagrimita que se me desprende de mi ojo porque me da pena dejar este mundo así tan derrepentes, pero el chif se retrasa y se retrasa hasta que vuelvo a mirarlo y el otro está casi lloriqueando—. ¿Y sabes por qué? —dice, ¿no?—. Porque era un acto de justicia. Porque El Lobo soy yo. Porque El Rey era un impostor. Porque ese homenaje que le han hecho al Rey me correspondía a mí. Porque el verdadero mesías del graffiti es El Lobo. Porque ese Lobo, cuando era niño, sentía noche por

noche las patas del Rey en sus nalgas. Porque ese niño escuchaba la voz del Rey gritando: «¡Ya, perderse llockalla, carajo!». Vos qué sabes de estas cosas. Porque ese niño, noche a noche veía como El Rey violaba, copiaba y substituía sus escritos en la pared. Porque finalmente fue testigo de cómo se apoderaba de sus ideas, su mundo. Por eso. Y ahora... ¿me vas a batir?

Y yo pienso, ¿no?: «si digo sí, aurita mismo vuestar en la morgue junto con el loquito y paqué si su historia del jefe, hasta pena siempre me ha hecho dar, casi como pa' cuento, ¿no?». Y como soy bien cariñoso:

—No, mi teniente —le digo—, pero... algunos cambios tienen que haber.

—Como cuáles —dice, secándose sus lagañas y guardando el chumbo.

Y yo le relato que, por un lado, yo no soy ni indio de su finca, ni puritano, ni jacke ni siuiro: soy simplemente Severo; y por el otro, que como tiene muñeca, solicite mi ascenso a la escuela de detectives porque al fin he descubierto qué quiero hacer con mi vida y otras cosas que poray se me vanestar ocurriendo, como por ejemplo, que mañana me cubra porque no vua venir al trabajo.

—Qué tal, ¿bien? —le pregunto.

—Is —me contesta.